

Luke R.

Luke R.

Por Carlos Prieto Minguela

Copyright 2013 Carlos Prieto Minguela

ISBN: 978-1481284899

Primera edición: enero de 2013

Diseño de portada e imágenes interiores: Rubén Prieto López

Fotografía de portada y diseño de contraportada: Francisco Manuel
Gómez González



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported. Puede consultar los términos de la misma en el siguiente enlace:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Luke R.

por
Carlos Prieto Minguela

«La luz del sol no es tan buena como parece, hace que la mierda se vea más y mejor.»

Hobbes

Capítulo 1. Lilith

“Una mañana de arrepentimiento es mejor que una noche de soledad”. No recuerdo quién lo dijo pero, aunque sea una conclusión jodida, es la cruda realidad. Una realidad que no se puede enseñar, es uno mismo quien debe llegar a ella.

Antes solía llevar una vida ordenada: comer y beber variando la compañía, y dormir y retozar solo con Laura. Pero ahora he cambiado algunas de mis costumbres: bebo solo a veces, duermo solo o Dios sabe con quién, y retozo como si mañana fuese el día del juicio final.

Pienso bastante a menudo en si prefiero esta vida o la anterior, pero como en esos momentos suelo estar de resaca, dejo de hacerlo rápidamente. Y hoy es uno de esos días. Son las 7:56 de la mañana según el reloj de la mesita de noche de Karen —¿o era Kristen?—, y estoy calzándome sin hacer ruido. No recuerdo cómo he acabado en la cama con ella, ni siquiera si llegamos a hacer algo, pero el caso es que he conseguido vestirme sin despertarla y ya estoy saliendo de su piso, aunque tengo una extraña sensación mientras lo hago, aparte de la ya familiar resaca.

Cierro la puerta y busco en todos mis bolsillos. Mierda. Las llaves del coche. Son las ocho de la mañana, tengo el coche aparcado a unas manzanas de aquí, he quedado con Sara a las diez en Leganés y estoy en la plaza de Colón. No puedo presentarme con este aroma a alcohol-tabaco-coño, y sin el coche no me da tiempo a ir a

casa a darme una ducha. Decido sin pensar y llamo al timbre.

Unos interminables segundos preceden al sonido de pies descalzos sobre moqueta. Cuando se detienen, intento poner mi mejor cara teniendo en cuenta las circunstancias, aunque no creo que pueda apreciarse a través de la mirilla en todo su esplendor. Se abre la puerta. Tener una belleza rubia desnuda delante me deja bloqueado unos instantes hasta que soy capaz de soltar lo primero que mi ineficaz cerebro es capaz de procesar:

—Siento haberte despertado, Karen. Estabas tan dormida que he preferido no hacerlo, pero esto es una emergencia. Me he dejado las llaves del coche en tu piso, y lo necesito para ir a una reunión.

—Karen? Wer ist Karen hiliposhas? Ich bin Helen!
—me grita, con ese tono autoritario que solo saben poner los alemanes. Solo he entendido Karen y Helen.

—¡Es verdad! Perdona. Karen debe ser la camarera del garito de anoche —me escabullo por el hueco que hay entre ella y el marco de la puerta—. Es que tenéis nombres tan parecidos... Voy a por las llaves.

No creo que haya colado como excusa. Camino ligero hacia su habitación sintiendo los pasos mosqueados de Helen detrás de mí. No tengo valor para girarme a mirarla por si, al hacerlo, me convierto en piedra, se me cae el pene o algo así. Al llegar a su cuarto compruebo que no solo me he dejado las llaves del coche, sino también el móvil.

—¡Me había dejado las llaves y el móvil! —exclamo, mientras los alzo triunfalmente para enseñárselos—. Si es que soy lo peor. Aunque me alegro de haberlos olvidado.

Solo por verte ahí desnuda en la puerta merece la pena que se me olvide el móvil, las llaves y hasta el nombre de mi madre.

No falla. No sé si habrá entendido la frase, pero está claro que ha captado el tono, porque se le escapa una sonrisa. Intenta ocultarla, y eso le da una expresión de lo más sugerente y lasciva. Esa sonrisa contenida y sensual me evoca la imagen que siempre he tenido del mito de “Lilith”. Ya tengo la foto del día. Cojo el móvil y apunto hacia ella mientras le explico con palabras y gestos que voy a comprobar si he apuntado su número de teléfono. Pero, en lugar de eso, configuro la cámara para hacerle una foto sin flash tal cual está, en la puerta de su habitación, desnuda, con un condón usado, un cenicero con restos de marihuana, y una botella medio vacía de Brugal sobre el mueble, a la izquierda del encuadre. “Clic”. La foto resume perfectamente una noche de fiesta con final feliz. La subiré al Facebook antes de hablar con Sara para que vea que sigo vivo.

—Sí, estás en la agenda —le digo con tono juguetón.

Voy hacia ella, le doy un beso con un poco de lengua junto con un suave azote, y salgo de la habitación, de nuevo con ella detrás de mí, sin decir ni una palabra. Cuando salgo del piso, me giro con intención de decirle algo ocurrente, pero me cierra la puerta en la cara. Reconozco que me lo he ganado.

Nunca he sido muy amigo de los ascensores, así que bajo por las escaleras. Al llegar a la planta baja, giro hacia la salida y me detengo bruscamente.

—¡Aaaahh! —grito con dolor, poniendo la mano entre mis ojos y la bola de fuego del cielo.

Sin gafas de sol para la resaca, en pleno agosto, y en la plaza de Colón, es como si una lupa enorme estuviese concentrando toda la luz en mis pupilas.

—¿Está bien, señor? —me dice una voz preocupada que proviene de una silueta negra recortada contra la puerta de salida.

Poco a poco voy adaptándome al exceso de luz, y la silueta va cogiendo color y volumen.

—Sí, sí —contesto, con los ojos aún medio cerrados—. Demasiada luz para mí. Soy animal nocturno.

Cuando consigo abrir los ojos del todo le echo un rápido vistazo a quien se ha interesado por mi salud. Es un hombre vestido como el típico ascensorista de los años 50. A estas alturas da algo de miedo encontrarse a alguien con esas pintas. Le miro con expresión incrédula mientras paso a su lado y salgo a la calle.

Aprovecho el camino al coche para terminar de despejarme y subir desde el móvil la foto y el comentario de Lilith.



*No todo el mundo
conoce la historia de
Lilith...*

Cuando termino de escribir, casi a la altura del coche, me fijo en que he aparcado frente a una tienda de antigüedades. Es la primera vez que la veo. Me acerco a echar un vistazo al escaparate. Me gustan las antigüedades, tengo la casa llena de ellas. Unas son compradas, otras regaladas, otras recogidas de la calle. No es que vaya rebuscando por los cubos de basura, pero si veo tirado algo que me gusta, lo recojo. Es increíble lo que desprecia la gente. Desde un baúl de madera con pequeños arañazos tallado a mano, hasta un tocadiscos algo descuidado que funciona perfectamente.

Los cacharros que se ven en el escaparate tienen muy buena pinta, así que intento hacerles una foto con el

móvil. Pero sale mal, el reflejo del cristal no deja que se vea bien el interior, y la tienda está cerrada. Claro, a las ocho y pico de la mañana un domingo doce de agosto, los únicos que deambulamos por las calles de Madrid somos la gentuza de la ciudad. Ya volveré otro día.

No hay nada mejor que algo de música para hacer más ameno el camino a casa. Activo el bluetooth y busco entre las listas del móvil. Me apetece escuchar algo de música española para compensar las relaciones internacionales que acabo de tener.

Sin que llegue a terminar "El antihéroe" de Deluxe estoy aparcando en casa. Bajo la ducha no paro de darle vueltas a qué tripa se le puede haber roto esta vez a Sara para querer verme un domingo de agosto en su oficina. Llevo más de diez años trabajando con ella y, exceptuando el que me marcó para siempre, nuestra relación ha sido siempre muy cercana. Aunque hemos tenido nuestras diferencias, sobre todo con algunas de sus arriesgadas decisiones, está claro que si he llegado a ser algo en el mundo de la fotografía ha sido gracias a ella.

Supo ver algo en mí que aún no he sido capaz de descubrir. Me ha visto evolucionar desde un pardillo aficionado a la fotografía con potencial hasta el despojo que soy, pasando por un fotógrafo novato, un reportero gráfico con talento, e incluso un profesional de prestigio internacional. Todas esas fases las he experimentado gracias a ella, que me ha moldeado a base de obligarme a hacer reportajes de ferias, exposiciones, festivales, conciertos, ciudades, edificios... Podría decirse que, como fotógrafo, nací a los 23, cuando presenté un reportaje sobre música clásica en las oficinas de Madrid de

“Pubinfo”, la empresa de publicidad de su padre donde ella llevaba trabajando como editora un año escaso. Ese era el trabajo que pedían para participar en el proceso de selección de un puesto vacante como reportero gráfico. Recibieron reportajes de fotógrafos más experimentados, pero me escogieron a mí porque mi enfoque les gustó más que ningún otro. Al menos eso es lo que me dijo Sara, aunque nunca he entendido por qué su padre, el presidente de la empresa, no me puede ni ver.

Todos los candidatos se habían interesado por los centros más importantes de música clásica de Europa, entregando fotografías de auditorios y salas de conciertos. Y no solo de las instalaciones vacías, sino que habían conseguido permisos para tomar instantáneas durante la interpretación de conciertos en directo. Yo no tenía acceso a esos centros y mi presupuesto era bastante limitado, pero soy un gran aficionado a la música, incluyendo la clásica, y ya por aquel entonces había escuchado mucha enlatada y en directo. Cuando digo en directo no me refiero a grandes auditorios, sino al centro de Madrid y los pasillos del metro. Hice fotografías a intérpretes anónimos que se ponían de forma más o menos fija en distintos puntos de la capital. Les fotografié mientras montaban su pequeña orquesta, mientras tocaban en directo, hice fotos a sus partituras —los que las usaban—, les capté recogiendo sus bártulos y, finalmente, capturé el momento en el que contaban el dinero que habían conseguido con la actuación. Ese reportaje me abrió las puertas de la profesión y la editorial de Sara hace diez años, y mi relación con ella ha estado llena de altibajos todo este tiempo.

En este momento estamos en uno de los altibajos más bajos que hemos tenido, y sé de sobra que me ha llamado para echarme la charla de rigor: que si soy un vago, que si me creo que los ingresos de mi página son para siempre, que si he pasado de 1.000.000 de seguidores a 600.000 en un año, que si bla bla y bla. Pero si solo es para eso, suele hacerlo por teléfono, con una llamada de treinta minutos en la que, básicamente, se centra en soltarme tacos y frases lapidarias. Temo que esta vez va a haber algo más.

Ya duchado y de vuelta al coche, necesito olvidarme de que me va a caer la bronca del siglo, al menos durante el tiempo que esté conduciendo para reunirme con ella, así que busco de nuevo entre mis listas de música.

El camino a Leganés se me hace corto escuchando algo de britpop. También hace más agradable el trayecto el hecho de que sea prácticamente el único coche en la carretera, y que al llegar al portal de la oficina pueda aparcar en la misma puerta. Antes de subir me enciendo un cigarro y me quedo observando el restaurante chino "Brus Lee" que hay al lado. No he entrado nunca en él, pero desde que trabajo con Sara me ha intrigado mucho. Empezando por el nombre, que puede ser una errata o una tremenda falta de respeto a sus antepasados más famosos cinematográficamente hablando; y terminando por sus empleados, que veo siempre entrar y salir con sus quimonos de Kung Fú. Les imagino a todos sirviendo los platos a base de patadas voladoras y volteretas imposibles. A todos excepto a un ancianito mezcla de señor Miyagi por el pelo pobre, maestro Splinter por los pelos de la nariz y maestro Yoda por la estatura. Creo que nunca

comprobaré si realmente sirven la sopa con un “Kame Hame Ha” o te parten el cerdo agridulce con un puño de la muerte. Mi única experiencia en un chino fue tan lamentable, que cualquier pocilga de cualquier poblacho perdido de la Cuenca más profunda, le daría mil vueltas en servicio e higiene. Así que quedará siempre en mi mente como el sucio restaurante chino del hijo bastardo del gran Bruce Lee. Apuro el cigarro y llamo al timbre de la oficina de Sara.

—¿Sí, quién es? —su voz suena menos alegre que de costumbre.

—Su esclavo del sexo ha llegado, ¡oh diosa de pechos turgentes! —contesto para disimular mi inquietud.

—Hay que joderse. Anda sube, PAYASO —me dice en mayúsculas.

No he notado en su tono de voz ningún signo de que le haya parecido gracioso mi saludo. Parece que la cosa va en serio. A ver si esta vez consigo no ser tan gilipollas como de costumbre. Como su despacho está en la tercera planta tengo tiempo de echarme un vistazo en el espejo del ascensor mientras subo. Compruebo que voy calzado y con los pantalones puestos: muy bien. La camisa solo está algo arrugada: bien. La cara la tengo a medio afeitar: regular. Y el pelo lo tengo peinado a mi manera: mal. Me doy un siete sobre diez. Desde luego, ni punto de comparación a como llegué la última vez después del pequeño incidente en la frutería. Todavía se me encogen las pelotas al recordarlo.

Dicen que la música amansa a las fieras y sé que a Sara le encanta Supergrass. Busco rápidamente su “Alright” en el móvil y abro la puerta del despacho, que ha

dejado medio entornada, con el dedo listo para pulsar el “play”.

—Anda, coge una silla —me dice, sentada en el borde de la mesa ojeando unos papeles.

—¿Coge una silla? ¿Ni un “hola, qué tal, cuánto tiempo, dame dos besos” ni nada de nada?

—Mmmphh —gruñe con resignación—. Voy a darte dos besos por educación y porque es verdad que hace mucho que no nos vemos, pero no porque te los merezcas.

—Si lo dices por la página de Facebook, habrás podido comprobar que la tengo al día.

—Sí, ya he visto tu última entrada con la rubia desnuda. Tu página es una de las cosas de las que tenemos que hablar.

Momento tenso. Me mira de arriba a bajo.

—Por cierto, muy amable por tu parte haberte adecentado un poco después de tirarte a la guarra de la foto.

—Uy, uy, uy, ¿alguien está celosa? Para tu información, olía a colonia de mandarina cuando la conocí. Bueno, y un poco a Jack Daniel's...

Pulso el “play” del móvil y Supergrass empieza a sonar a toda pastilla. Lo saco del bolsillo, lo miro como si fuese una llamada inoportuna, le doy al “stop” y me lo pongo en la oreja.

—Perdona un momento, Sara. ¿Sí? —aparto la mirada de ella y le hablo al auricular del móvil —No, en realidad no es un buen momento. Te llamo en cuanto pueda, si sobrevivo a esta reunión.

Cuelgo sin despedirme de mi interlocutor imaginario. Debo haber ganado por lo menos tres puntos positivos

colgando una llamada por atender a Sara. Aunque ella no parece impresionada.

—¿Supergrass como melodía del móvil? —dice algo sorprendida.

—Sé que te gustan, así que decidí ponerlos en tu honor.

Silencio incómodo.

—No te ha llamado nadie, ¿verdad?

Cómo me conoce la cabrona. Agacho la cabeza.

—Culpable. Perdona por querer impresionarte. Me gustaría haberlo hecho de otra forma, pero vestido es lo único que tengo.

Esa es la sonrisa que estaba buscando.

—Eres la leche, Hobbes. Anda, deja de jugar con el móvil y vamos a hablar en serio de tu trabajo, que falta te hace. Seguro que lo sabes de sobra, pero tu página de Facebook está de capa caída. Pierdes seguidores a un ritmo de un 15% al mes, las llamadas interesándose por tu material han pasado de treinta a una, y ya no hay ninguna puerta a la que llamar. Te superaste a ti mismo hace cuatro años y pico cuando se te ocurrió la idea, pero tres años en este mundo es una eternidad, como treinta para un caniche...

—O como un día entero con tu suegra.

—Lo has pillado. Eras un fotógrafo estupendo antes de limitarte a subir pseudofotos de tu vida. Vale que tus comentarios suelen ser creativos, pero eso ya no es suficiente. Por eso he pensado que lo mejor será que —hace una pausa dramática que no me huele nada bien —, que dejemos la página y te concentres de nuevo en la fotografía.

No me jodas. Intuía que no era bueno lo que iba a decirme, pero no que podría significar el fin de una era, la muerte de un Rolling Stone. Vamos, que se me acaba la vida padre de cobrar una pasta por tocarme los huevos.

—Estooooo... no-me-jo-das.

—Sí. Sí te jodo, Hobbes.

—¿Tan mal está?

—Si no, no habría quedado contigo un domingo. Pero bueno, dentro de lo malo, aunque dejes de cobrar por tu página, aún te quedará lo que hayas ahorrado durante estos años.

Carraspeo.

—Sí, lo que he ahorrado —meto la mano en el bolsillo—. Espera, sí, aquí lo tengo, con esto me llega para tomarme unas copas esta noche. No todo está perdido, aún tengo para un último pedo.

—Ya sabía que tu respuesta iba a ser algo por el estilo. Por eso te he encontrado algo que estoy segura de que te va a venir muy bien. Creo que soy la única inversión buena que has hecho con tu dinero, y no hagas ningún comentario sarcástico al respecto —remarca el “no hagas” con violencia dialéctica—, que ya me los sé todos.

—No pensaba hacer ningún comentario sarcástico. Sé de sobra que detrás de esas curvas mareantes, esa melena morena, esos ojos color zafiro, y esos labios carnosamente horizontales, hay una profesional inmejorable.

—Me alegra de que te hayas dado cuenta de todo eso. Aunque no creo que me lo hubieses dicho si antes te hubiera contado que el trabajo es en Manhattan, Nueva York.

Mierda. No quiero volver a ese sitio. Rob, el virtuoso Rob, vuelve a mi cabeza.

—Joder, Sara. ¿No podías haber buscado en otro sitio? No sé, ¿en el infierno? ¿En el muro de las lamentaciones de Jerusalén repartiéndolo gratuitamente el “Mein Kampf”? ¿En el fondo sur del Santiago Bernabéu desnudo, con una bufanda del Barça en el cuello y pasándome una del Real Madrid por los huevos?

—Lo he intentado en esos tres sitios y ni ahí te quieren. El siguiente en la lista era Manhattan, y ahí sí que ha habido suerte. Supongo que tampoco ahora me lo contarás, pero sigo sin saber qué te pasó allí exactamente.

No es el momento de contárselo.

—¿Qué se supone que tendría que hacer en esa puta isla?

—Así me gusta. Que estés receptivo. Tendrías que hacer lo que mejor se te da: fotos. Una importante publicación de allí, financiada por el gobierno de EEUU, quiere promover el turismo, que ha disminuido un 17% desde los atentados del 11S, y quieren hacer una publicación especial que distribuirán online y en forma de revista gratuita a nivel mundial. Y quieren empezar por su ciudad.

—Dios, qué poco me apetece —resoplo.

—Si rechazas este trabajo ten por seguro que te despiden, Hobbes —ha cambiado a un tono bastante más serio—. Me ha costado un huevo conseguirte esto. No eres el único jodido fotógrafo en el mundo, ¿sabes? Los hay muy buenos, y si no fuese porque les he enseñado algunos de tus mejores trabajos, he hecho bastante la

pelota, y me he movido más que un jodido electrón, el trabajo no te lo habrían dado a ti.

La odio y la quiero a la vez. Ahora me toca agachar las orejas.

—Sara. Sé que sabes que odio Manhattan, y sabes que sé que te has partido el lomo para conseguirme esto. Así que los dos sabemos que no voy a rechazarlo, porque los dos sabemos que si no, estoy jodido.

—Me alegra oírte decir eso. Parece que a tus 33 años por fin empiezas a madurar. ¿Ya te han salido las muelas del juicio? —vuelve otra vez al modo sarcástico.

—Me falta una solamente. Me ha dicho el médico que está despuntando y terminará de salir cuando aprenda a controlar el último esfínter que aún no domino del todo. ¿Quieres que te lo enseñe?

—No, déjalo —me contesta, reconociendo que conmigo no se puede ganar en modo sarcástico—. Anda, toma el billete y desaparece de mi vista. Ya hablaremos sobre los detalles de la página y cómo plantear las fotografías. Tú sigue como siempre hasta que te avise.

—¿"Como siempre" quiere decir que siga foll...? —pero no me deja terminar la frase. Sabe que, una vez que empiezo en este plan, no paro.

—¡"Como siempre" quiere decir que sigas subiendo tus jodidas pseudofotos con tu comentario, Hobbes! ¡Cómo desperdicias el resto de tu tiempo es tu problema! ¡Ahora lárgate!

Ahí me he pasado de gilipollas. Me levanto con la cabeza gacha y voy hacia la puerta. Pero no puedo irme dejando esto así de tenso, así que intento quitarle algo de hierro a la despedida.

—Gracias, Sara. Te llamaré, lo prometo —le digo desde la puerta.

—Ya, eso decís todos —me despide con dulzura, como intentando compensar la dureza del grito anterior.

Los últimos tres años con Sara han sido mis años de declive. Y la culpa es solo mía. Rechazar una tras otra las ofertas de trabajo que me ha ido proponiendo no ha sido nada inteligente por mi parte. Pero es lo que ocurre cuando basas las decisiones en si vas a tener tiempo para ir a las fiestas de tu amigo Diego. No puedo rechazar más trabajos. Me toca volver a Manhattan.

El vuelo es el miércoles 22 por la tarde, así que aún me quedan diez días para disfrutar de no estar allí. Tendré que aprovecharlos como mejor se me da: viviendo.

Pero como llevo siete días de desparrame en los que habré dormido tres horas, lo que toca esta tarde/noche es echarse una siesta de las de pijama y orinal, con las persianas bajadas y el gorrito de dormir y todo.

Vuelvo al coche y me voy a casa escuchando algo que me suba un poco el ánimo después de las malas noticias. A mitad de camino y en medio del tema “Mr. Brightside” de The Killers se corta la canción, empieza a sonar el móvil y veo el careto de Diego en la pantalla. Descuelgo.

—Ya estás tardando en explicarme qué coño haces llamándome a estas horas un domingo.

—No te habré despertado, ¿verdad? —me dice con su voz ronca y tranquila.

—Afortunadamente para tu integridad física, no.

—Con lo que me gusta joderte, y no me das ese gustazo.

—Me pillas camino a casa. Vengo de una reunión con Sara. Pero no una reunión de esas de risas y palmaditas en la espalda, sino de las que sales pequeñito y con ganas de aislarte tanto del mundo que parezca que has vuelto al útero materno, pero sin ningún tipo de connotación sexual.

—Eso es porque no sabes darle lo suyo. De todas formas te llamo en el momento justo, porque era para salir esta noche.

—Ya me imaginaba que no llamabas para ir a un museo. Pero ya no recuerdo cuándo fue la última vez que descansé algo. Lo que tengo pensado hacer hoy es tocarme los huevos en casa. Voy a dormir por la noche como los seres humanos normales. Mañana lo damos todo y cerramos todos los antros del centro.

—Como quieras, marica. Pero que sepas que para esta noche tengo un planazo con mi prima y tres amigas tuyas algo ligeras. Ya me entiendes.

—Te entiendo, pero eso me gustaría hacerlo mañana. Hoy quiero intentar parecerme a una persona, aunque solo sea la décima parte de lo que debería hacerlo.

—Tú verás. Mañana hablamos y te cuento las enfermedades y orgiásticas posturas que voy a practicar con esas ninfómanas.

Este Diego es un cabrón. No sé cómo se las arregla, pero siempre tiene algún plan para salir que incluye fiesta de pijamas con un número par de primas, amigas, clientas, o modelos de sus sesiones fotográficas. Mientras yo hacía reportajes para revistas de turismo, decoración o, con suerte, publicidad de "Fá", él ya llevaba años fotografiando modelos de lencería para catálogos, productos de

depilación y, en general, cualquier modelo femenina con menos ropa de la que puede caber en un vaso de cubata. Le conocí hace diez años gracias a Sara y nos caímos bien desde el principio. Supongo que a él le gustó mi sentido del humor, negro y sarcástico. A mí lo que me gustó fue, sin duda, el mundo crápula en el que se movía. Nunca se me olvidará su canción favorita: “Time to pretend” de MGMT. Lo describe a la perfección con frases como “Esta es vuestra decisión: vivir rápido y morir joven” o “Estamos condenados a fingir”. Lo de vivir rápido el tío lo cumple a rajatabla y lo de morir joven... sinceramente, no sé cómo ha llegado a los 37 años que tiene ahora, porque las cosas que me ha contado que ha hecho, y las que yo he visto con mis propios ojos, me erizan el vello. Una de las historias que más pálido me dejó fue la del somnífero. Según parece, existe un somnífero tan potente que hay que tomarlo sentado o, mejor aún, tumbado, porque a los pocos minutos caes dormido al instante. Lo llaman coloquialmente “el tiro en la cabeza”. El hecho de que exista una droga así ya es inquietante por sí mismo, pero la verdadera historia que da miedo no es su existencia, sino cómo lo usan algunas personas, Diego entre ellas. Parece ser que, si bebes alcohol inmediatamente después de tomarte el somnífero, no solo se anula su efecto, sino que te vuelves completamente loco, acelerado, espídico o paranoico. Vamos, que te da el subidón que todo buen yonqui necesita. Y a un precio bastante más asequible que las drogas de diseño. Según me ha contado el angelito, lo ha probado con algunas de las modelos con las que ha trabajado y a las que les va la marcha, y han hecho cosas

absolutamente endiabladas que dejarían tiritando de miedo a cualquier estrella del porno.

Me viene bien tenerle cerca. Es garantía de fiestas movidas y húmedas. Pero hoy no es el día. Hoy es el día de no hacer absolutamente nada. Mañana sí. Mañana me pegaré una buena juerga. Y se la dedicaré a Rob.



Hobbes en Facebook: www.facebook.com/danihobbes

Hobbes en Twitter: www.twitter.com/luker2013

Luke R. en Spotify: <http://spoti.fi/RqAIYd>